

sinistras aprensiones. Ya se había desvanecido el afecto, se generalizaba el odio, é imponía silencio á la admiración. En la baja Alemania y en Holanda se gritaba *viva Orange!*, en toda Alemania *viva Alejandro!*, en Francia aún no se osaba gritar *vivan los Borbones!*; pero su recuerdo se despertaba poco á poco, y de mano en mano se transmitía un manifiesto de Luis XVIII, publicado en Hartwel y que produjera efecto general sin duda á no presentar numerosos vestigios de las preocupaciones de la emigración. Todos estos pormenores se proponía comunicar el duque de Rovigo al soberano, á quien servía fielmente; pero no queriendo Napoleón ser molestado por lo que llamaba el vocerío de lo interior, negóse á recibirle y le mandó que no se moviese de París bajo pretexto de que su presencia era allí necesaria.

Usando de los procederes harto comunes á todo gobierno que se aferra en sus errores, y que en las manifestaciones de la opinión pública ve actos dignos de ser reprimidos y no lecciones acreedoras á ser meditadas, desplegó contra el clero varios rigores muy extraños por la osadía ostentada en la arbitrariedad. Naturalmente el clero no desperdiciaba ocasión alguna de multiplicar sus demostraciones hostiles, en Bélgica sobre todo, y así provocaba las faltas del poder con las suyas.

Puesto en cuestión el concordato de Fontainebleau con notable mala fe en la correspondencia secreta de los cardenales, se consideraba por todo el clero como un acto no consumado. Se obstinaba en no reconocer á los nuevos prelados que Napoleón había nombrado y que siempre se negaba á instituir Pío VII á pesar de sus promesas. Para evitar escándalo se mantenían lejos de sus nuevas sillas los más prudentes. Transformado Mr. de Pradt en enemigo del imperio desde su desairada embajada á Varsovia, y poco ganoso de atraerse disgustos por agradar al gobierno, se abstuvo de presentarse en Malinas, cuya mitra arzobispal se le había dado. Pero, queriendo ir á su diócesis los nuevos obispos de Tournay y Gante y oficiar públicamente en sus santas iglesias, provocaron una especie de sublevación por parte del clero y los fieles. Al verles aparecer junto al ara, huyeron los sacerdotes y los asistentes, y dejaron á los prelados delante del tabernáculo casi solos. En el desorden figuraron los seminaristas de Tournay y de Gante bajo la dirección de sus profesores. Entre los culpables se designaba también á una asociación de señoras que bajo el nombre de *Beguinas* vivían como en comunidad en Gante, aunque no sujetas al rigor de la clausura, y se las acusaba de haber ejercido en esta ocasión una grande influencia sobre la conducta del clero.

Napoleón ordenó disolver á las *Beguinas*, encerrar en las cárceles del Estado á algunos miembros de los cabildos de Tournay y de Gante, confinar á los demás á seminarios lejanos, proceder de igual modo relativamente á los profesores, y coger á todos los seminaristas que pasaran de diez y ocho años y enviarlos á un regimiento á Magdeburgo, con motivo de estar sujetos á la ley de reclutamiento, de la cual habían sido dispensados excepcionalmente para ser ministros del altar y no fautores de bullicios, gracia que debía cesar á arbitrio del soberano, cuando no los considerara dignos de ella.

Al seno de sus familias se habían de enviar los que no llegaran á diez y ocho años. Habiéndose reunido personas piadosas para proporcionar substitutos á los otros, Napoleón prohibió la substitución para este caso. Expresa recomendación hizo á fin de que tuvieran cumplido y pronto efecto estas diversas prescripciones, y se ejecutaron puntualmente.

A cosa más extraordinaria aventuróse Napoleón todavía, no admitiendo ya límites á su voluntad ni dentro ni fuera. Muchos años había que la recaudación de los derechos de puertas de Amberes se hallaba maleada por dilapidaciones en que se veían comprometidos diferentes empleados municipales. Notorias eran las dilapidaciones é hicieron perder á la ciudad de Amberes de dos á tres millones de francos. Con razón ó sin ella, los acusados sometidos á juicio eran considerados por el gobierno como verdaderos autores de estas concusiones, pero la opinión pública del país mostrábase tan hostil al gobierno, que no vacilaba en declararse á favor de individuos, á quienes se condenara en otro tiempo cualquiera y á las claras, y en cubrirlos con ciertas especies de indulgencias, como si en los hombres perseguidos por la autoridad imperial no pudiera haber más que víctimas interesantes. Arrastrados por este sentimiento, ó viciados por la corrupción, según pretendió el juez de derecho, los jurados absolvieron atrevidamente á los empleados municipales acusados, con aplausos de la provincia, y ya defraudada la ciudad de Amberes en tres millones, vióse expuesta además á pagar los cuantiosos gastos de la causa. Se comprende la indignación de un gobierno regular apedagadísimo á mantener en todos los ramos de la administración el orden más riguroso. Pero por legítima que fuese la indignación experimentada por Napoleón al ver impunes á hombres á quienes creía delincuentes, y condenada no más que la ciudad de Amberes, ya víctima de graves dilapidaciones, debiera admitir sin embargo que, siendo notorio el crimen perseguido, acaso no figuraban como sus perpetradores los individuos acusados, y aun suponíendoles tales, que la declaración del jurado tenía que ser sagrada como cosa juzgada, juzgada bien ó mal, pero irrevocablemente. Al saber Napoleón este fallo, sintió una cólera extremada, y devolviendo guerra por guerra, al modo que para contrariar á su gobierno se había prescindido de toda justicia, determinó saltar por encima de toda la legalidad y anular el veredicto del jurado. De índole propia á sublevar la opinión universal era este acto extraordinario y sin ejemplo; mas Napoleón no lo tuvo así en cuenta, y persistió en seguir adelante imaginando que la sinceridad de su indignación justificaría la extraña audacia de su acto; tan pronto se pervierten las ideas cuando se contrae la costumbre de sobreponer la voluntad propia á las leyes.

A pesar del dictamen del ministerio de Justicia, y especialmente de la consulta del archicanciller Cambaceres, quien consideraba que lo único posible era mudar la ley si era mala, y privar al jurado del conocimiento de esta clase de delitos si se le creía incompetente para juzgarlos, apoyándose en un artículo de las constituciones del imperio que facultaba al senado para anular los juicios atentatorios á la seguridad del Estado, quiso Napoleón que se formara un senadoconsulto para dar por nula la resolución del jurado de Amberes, y

someter á otro tribunal no sólo á los acusados ya absueltos, sino también á algunos de los jurados á quienes se acusaba de haber cedido á la corrupción en este negocio. No se podían acumular á la vez más irregularidades, pues aun admitiendo que el artículo 55 de la Constitución de 16 termidor, año X (4 de agosto de 1802) estuviera todavía vigente, notorio era que el juicio de que se trataba ahora no figuraba entre el número de los que se tuvieron á la vista al calificarlos de atentatorios á la seguridad del Estado, y sobre todo que, al arrogarse el derecho de anular la decisión de un tribunal cualquiera, se había querido derogarla, y no perseguir en manera alguna á los que la habían dictado. A Napoleón fueron sometidas estas objeciones, pero ningún caso hizo de ellas, y exigió que el senadoconsulto se redactara sin demora y se llevara al senado tal como lo había concebido. Aún fué más lejos: convencido en la ceguedad de su despotismo de que cuando un poder se propone un fin honesto no debe consentir que le embarace ninguna regla, firmó é hizo publicar una carta sellada, donde iniciando personalmente en la cuestión al consejo privado é indicándole la providencia, echaba sobre sí la responsabilidad toda. El informe del consejo de Estado, á quien se encargó la presentación del senadoconsulto, contenía esta frase, que expresa toda la opinión de Napoleón en punto á la soberanía, y que no se admitiera nunca, ni aun antes de 1789, en términos tan absolutos: «Nuestra legislación ordinaria no ofrece ningún medio de extinguir una decisión semejante. Se necesita, pues, que intervenga la mano del soberano. El soberano es la ley suprema y siempre viva, y es propio de la soberanía encerrar en sí todos los poderes para precaver ó reparar el mal.»

Arrogándose de esta suerte el derecho de proveer á todo, de distribuir la justicia, de cambiar en caso necesario cuando no le conviniera la existente, prodigaba con la misma mano soberana el bien que podía efectuar en su camino. Habiendo administrado mal su fortuna el primer presidente del tribunal de casación, Mr. Muraire, magistrado ilustre, vino á caer en una situación muy triste para un empleado de su categoría. Su yerno, destinado á ser antes de mucho un sensato y animoso ministro de Luis XVIII, Mr. Decazes, dirigióse á Maguncia para apelar á la beneficencia imperial, y Napoleón, que tenía á la sazón muy grandes razones para ser avaro de su dinero, le dijo: «¿Pues qué, Mr. Muraire se halla en tales apuros?. Poco importa. ¿Cuánto os hace falta?» Dicho esto, examinó lo que necesitaba para sacar á Mr. Muraire de su situación, y le concedió algunos miles de francos de su tesoro particular, que entonces era el último recurso con que contaba para su ejército, según se ha visto.

Napoleón aprovechó de su residencia en Maguncia para dedicar alguna atención á su hacienda. Aún no había producido grandes resultados la medida de la venta de los bienes municipales, adoptada y convertida en ley, por ser necesario proporcionar salida á los nuevos bonos de la caja de amortización antes de emitir sumas considerables de ellos. Efectivamente, si no se tomaba esta precaución oportuna, se acumularían en la plaza y decaerían de precio muy pronto.

Así era necesario acelerar la enajenación de los bienes municipales, única que podía proporcionar la salida

deseada. Antes de que estos bienes fuesen vendidos, había que escogerlos y hacerlos admitir en la categoría de bienes enajenables y tasarlos, y también que dar á las municipalidades el valor de ellos en rentas sobre el Estado, y que tomar posesión de los mismos á fin de sacarlos á pública subasta. Por mucho que se apresurara esta serie de operaciones administrativas exigía tiempo, y hasta su terminación relativamente á cada parte de bienes no se podía empezar la venta. Emitidos los bonos antes de que fuesen buscados para darles este empleo, muy pronto flotaban sobre la plaza, y perdieran del veinte al treinta por ciento, y originaran la caída de las acciones del Banco y de las rentas sobre el Estado, únicos valores que circulaban entonces, y arruinaran la especie de crédito muy restringido de que se gozaba, y de que había necesidad, restringido como era y todo. Por cuenta de su tesoro tomó Napoleón cerca de setenta y dos millones de estos nueve bonos, diez el Banco, setenta y tres la caja de servicio, lo cual sumaba un recurso de ciento cuarenta millones, realizado de antemano, y no traía consigo ninguna emisión de bonos, porque los guardaron en sus carteras las tres cajas que los tomaron á su cargo. Pero esto no bastaba para los inmensos gastos precisos, pues los pagos del tesoro en los seis primeros meses ya pasados excedieron á los ingresos habituales en más de doscientos millones. No se atrevió Mr. Mollién á emplear los nuevos bonos de la caja de amortización en sus pagos por temor de envilecerlos. Por de pronto solamente se emitieron algunos sobre la plaza á fin de popularizarlos, y no perdieron más que el cinco ó seis por ciento, agio muy moderado; pero divulgarlos más se resentía de difícil y peligroso. No se podían dar ni á los rentistas ni á los empleados por ser cantidades poco subidas las devengadas por unos y por otros, y por no prestarse á ello el corte de estos bonos y por evitar el clamoreo que los comparara á los asignados. Menos se podían aplicar al pago del sueldo del ejército, que se satisfacía en el extranjero y en cantidades muy divididas. Sin embargo, Napoleón para esta clase de pago hizo uso en cierta proporción de billetes de la caja de servicio, pagaderos en París ó en los departamentos, que ofrecían á los oficiales con familia la ventaja de enviar dinero á Francia con seguridad y sin coste, y también daban al Tesoro la facilidad de cubrir sus atenciones con un papel de vencimiento bastante largo. Por combinaciones de esta clase pudo la caja de servicio tomar sola á su cargo sesenta y tres millones de los nuevos bonos que debía guardar en su cartera. El único pago que con este nuevo valor pudo realizarse fué el de los grandes suministros hechos por los ricos empresarios que trabajaban para la guerra y para la marina. Teniendo éstos que proseguir sus importantes negocios con el Estado, no debían mirar tan de cerca el método del pago, y además tan necesitados estaban de dinero, que preferían recibir un valor expuesto á perder del diez al quince por ciento á no recibir nada. Además había una especie de asentistas obligados, que vinieron á figurar como tales á pesar suyo, y eran los propietarios, arrendadores ó negociantes, á quienes por vía de requisición se habían tomado comestibles ó caballos, ó telas, á condición de pagarles al contado. Tanto á los unos como á los otros se podían entregar los nuevos bonos de la caja, pues unos harían

que fuesen descontados por los fuertes capitalistas, y los otros los guardarían para comprar bienes municipales con ellos. Pero Mr. Mollién, siempre inclinado á los medios regulares, prefería hacer esperar á los asentistas y á los que por vía de requisición tuvieron que facilitar objetos de cualquiera especie, lo cual podía cubrirse con el pretexto de las liquidaciones no terminadas, á emitir un papel expuesto á ser calificado de asignado tan luego como su introducción en el público pareciera más ó menos forzada. Así los asentistas, acostumbrados á gritar á la puerta de las administraciones, empezaban á murmurar y á quejarse de la falta de pago y á alegarla como excusa de la falta de puntualidad en todos los servicios. Esto dió margen á la intervención personal de Napoleón, quien por entonces no prestaba oídos más que á lo que se relacionaba con las necesidades de sus tropas.

Dirigiéndose á Mr. Mollién sostuvo que la pérdida del nueve ó diez por ciento sobre un valor semejante, con especialidad cuando debía mantener su curso un interés subido y puntualmente pagado, nada era en sí y no igualaba al inconveniente de hacer esperar á personas que necesitaban ser atendidas en sus reclamaciones. Aquellos á quienes el metálico no fuera indispensable tendrían en la mano una manera de emplear ventajosamente los bonos, y aquellos que no pudieran pasar sin dinero contante, los realizarían al descuento, y el resultado siempre sería el mismo, limitado al inconveniente de hacer bajar del nueve al diez por ciento uno de los tres valores circulantes. Por ejemplo, las rentas sobre el Estado, vistas á doce francos la víspera del 18 de brumario, á treinta al día siguiente, después de 1806 á noventa, y que se cotizaban á setenta al presente, no arrastrarían en suma consigo la ruina del Estado ni de los particulares de resultas de estas variaciones. La fiyeza y el pago del interés consolaban á los tenedores de estas rentas, quienes concluirían por no alarmarse con tales fluctuaciones, no resintiéndose de ellas más que los que se veían obligados á vender los créditos suyos. Este era un inconveniente parcialísimo y al cual debían resignarse los que necesitaran de dinero.

Tal era la argumentación especiosísima de Napoleón contra el ministro de Hacienda, argumentación que se elevaba casi á verdadera si la baja de estos bonos se pudiera limitar al diez, al doce y aun al quince por ciento. ¿Pero quién era capaz de decir dónde pararía, en el caso de aventurarse á una emisión de importancia? Esto era lo que Mr. Mollién temía y de lo que Napoleón no hizo caso alguno, pues dispuso que se esparcieran en París alrededor de treinta millones de bonos de la caja de amortización para el pago de los suministros, y en los departamentos alrededor de diez y ocho ó veinte millones de los mismos bonos para el pago de las requisiciones. De este modo se introducía algo forzosamente en la circulación unos cincuenta millones. A fin de abrirle más pronto la salida de la compra de bienes municipales, previno Napoleón al archicanciller Cambaceres que ejerciera acto de autoridad sobre el Consejo de Estado, y arrancara á la comisión de lo contencioso, cuyas formas eran las mismas de la justicia, las cuestiones relativas á los bienes municipales, que las trasladara á la comisión encargada de la admi-

nistración municipal, dirigiera esta comisión en persona, y despachara prontamente esta clase de negocios por medio de un examen sumario y no interrumpido.

Napoleón, siempre en trabajo mental para el alistamiento de hombres, después de prestar este socorro algo violento á la hacienda, inventó alistamientos de nueva especie, con la esperanza de hacerlos tolerables dándoles el carácter de urgencia y utilidad locales. Por ejemplo, hallándose amenazada la frontera de los Pirineos á causa de los últimos sucesos de España, ideó Napoleón levantar treinta mil hombres de las cuatro últimas clases en todos los departamentos situados desde Burdeos hasta Montpellier, á fin de libertar de invasión esta parte del territorio. Como el que los recién alistados iban á defender era el suyo, discurrió que en cierto modo era pedir á los campesinos que defendieran sus chozas, á los ciudadanos que defendieran sus propias ciudades, y que la urgencia de la necesidad haría enmudecer las quejas, pues no podría decirse, como de todos los alistamientos de aquel tiempo, que Napoleón tomaba los hombres para llevarlos á morir junto al Elba ó el Óder en servicio de su ambición. Habiéndole parecido ingeniosa la idea, quiso aplicarla á los departamentos del Norte y del Este, siempre dirigiéndose á los departamentos de la antigua Francia, los cuales sufrían de veinte años atrás todo el peso de la guerra, y pedirla unos sesenta mil hombres, bajo el mismo pretexto de peligro local y apremiante. Pero como estos alistamientos debían concluir por asemejarse á uno general muy pronto, y por causar el mismo efecto, resolvió Napoleón aplazar el segundo de dos á tres meses. Sólo llamó sin demora alguna á los treinta mil hombres pedidos á los departamentos próximos á los Pirineos.

Estas providencias, civiles unas, militares otras, concebidas la mayor parte antes del viaje á Maguncia, fueron allí inmediatamente resueltas ó especialmente examinadas con los agentes llegados de la capital de Francia, para ser definitivamente decretadas en Dresde. Añadiendo Napoleón á este trabajo el de revistas continuas de tropas y de inspecciones de material no interrumpidas, poco tiempo le fué dado dedicar á su esposa, si bien la colmó de testimonios de cariño, testimonios sinceros al par que calculados, á fin de que la nueva guerra con Austria no inspirase á la opinión pública nada erróneo acerca de un matrimonio que siempre consideraba útil á su política, y á fin de dejar al emperador Francisco bajo el peso de las mismas obligaciones respecto de su hija, pues le excusaba menos de ser buen padre mostrándose personalmente buen esposo. Fuerza es decir también que cedía á la inclinación de su corazón mismo, porque le conmovía el afecto que inspiraba sin duda á esta noble hija de los Césares y correspondíala hasta el punto que se le permitían las vastas y fuertes distracciones de su alma. Hasta queriendo contemplarla, no la dijo lo muy positiva y formal que debía ser la guerra; y dejola partir con dudas sobre este asunto, al propio tiempo que, escribiendo á Milán al príncipe Eugenio, á Dantzick al general Rapp y al mariscal Davout á Hamburgo, les confesó lo que había de cierto, intímándoles que se encontraran prevenidos para el 17 de agosto. Deseando además proporcionar á la emperatriz una distracción agradable, y predisponerla hasta donde fuera posible contra las

cruces inquietudes de entonces, la prescribió un viaje por el Rin de Maguncia á Colonia, que debía hacer en medio de los homenajes de las poblaciones de ambas riberas, determinando además que después de pasar algunos días en París, emprendiera otro viaje á Normandía, para presidir en Cherburgo la imponente ceremonia de la introducción de las aguas del Océano en la célebre dársena comenzada en el reinado de Luis XVI y terminada bajo el suyo. Y llevó su atención hasta el extremo de recomendar al príncipe Cambaceres que la hiciera partir antes de la expiración del armisticio, para que no tuviera conocimiento de las hostilidades hasta muchos días después de su ruptura, y quizá tras de algún gran suceso adecuado á tranquilizarla. De esta suerte quería distraer, consolar y hacer que amase Francia á esta joven, madre y tutora de su hijo, regente del imperio, destinada á reemplazarle si llegaba á sucumbir al golpe de una bala enemiga. ¡Ah, por qué los siniestros presentimientos de que daban prueba tan delicadas atenciones no contribuyeron á vencer la obstinación fatalísima á la cual iba á sacrificar su hijo, su esposa, su trono y su persona!

Después de pasar del 24 de julio al 1.º de agosto al lado de María Luisa, la abrazó en presencia de toda su corte, y dejándola anegada en llanto, se puso en camino hacia Franconia. Ya había inspeccionado en Maguncia á las divisiones del mariscal Augereau, que se acababan de formar á orillas del Rin. En Wurtzburgo se hallaban dos de las divisiones del mariscal Saint-Cyr, actualmente en marcha hacia el Elba y que debían tomar la posición de Königsberg. Le parecieron excelentes, bastante bien instruidas, y animadas de los sentimientos que podían desearse. Visitó la plaza de Wurtzburgo, la ciudadela, los almacenes, en suma el establecimiento militar todo entero, del cual pretendía hacer uno de los puntos más importantes de su línea de comunicaciones; desde allí se dirigió á Bamberg y á Bayreuth, donde vió sucesivamente las otras divisiones del mariscal Saint-Cyr, y las divisiones bávaras, destinadas á formar parte del cuerpo de Augereau. Después de fijar sus ojos investigadores en todas las cosas, expidió las órdenes precisas é hizo los estímulos necesarios, volvió á marchar á Erfurt, y llegó á Dresde el 4 por la noche. Desde muy temprano se hallaba el día 5 en pie y con las manos á la obra, estrechado como estaba á emplear útilmente los últimos días del armisticio.

Con la vista de las tropas que había inspeccionado en el camino y con sus incansables meditaciones sobre el plan de la próxima campaña, acrecentóse su confianza en su ejército y en su genio. Al ver próximo el momento de la terrible lucha, reflexionando acerca de sus eventualidades y haciendo memoria de cuán fácilmente arrostraban sus soldados la muerte, de cuán felices combinaciones hallaba su mente en lo más recio del peligro, allí donde no encontraban más que faltas que cometer sus adversarios, no sabiéndose dar cuenta de las pasiones generosas que había excitado en contra suya, y cuyo ardimiento podía compensar la dirección poco hábil entre sus enemigos, sentía interiormente cierta especie de calor de alma que animaba toda su persona, que centelleaba en sus ojos y que le daba, en suma, el aspecto del regocijo, de la esperanza y de la osadía. Asombrados se mostraban sus soldados, y de

resultas estaban más zozobrosos que alegres los de más seso (1).

Vivas como nunca habían llegado á ser las instancias de MM. de Caulaincourt y de Narbonne dirigidas á que se les invistiera con poderes, para tratar de un modo serio, el día mismo de la llegada de Napoleón á Dresde. Manifestóse molesto por ellas, y reconvinó á los dos negociadores por haberse dejado estrechar demasiado de cerca por Mr. de Metternich, según su dicho. Faltos de orgullo los encontraba al permitir que el ministro austriaco les manifestase que en tal ó cual caso se uniría Austria á los enemigos de Francia para declararle la guerra, como si hubiera ofensa en anunciar francamente lo que se haría si no eran otorgadas ciertas condiciones. A tanto llegaba en Napoleón la embriaguez del poderío, que no quería que se osara hablar de declararle la guerra como de cosa natural y aun inevitable en ciertos casos. Pretendía que no se hiciera esto más que temblando, lo cual se verificaba sin duda; que no se hablase de ello más que con cierta especie de temor respetuoso, como de una desgracia cuya posibilidad casi no se concebía. Pero después de estas reprimendas, tan poco merecidas como fuera de su lugar entonces, se ocupaba de cosa más seria. Al cabo de la dificultad experimentada para prorrogar el armisticio la vez primera, ya no creía posible que se prorrogara nuevamente, y además se encontraba pronto á la lucha. En adelante sería el tiempo más provechoso para sus enemigos que para su persona, y le urgía descargarles el golpe antes del invierno. Un deseo solo tenía en materia de aplazamientos, y se limitaba á dilatar la entrada en acción del Austria, lo cual le conviniera mucho, pues así lograría la posibilidad de abrumar separadamente á los rusos y á los prusianos, y de revolver de seguida sobre los austriacos para intimidarlos é impedirlos tomar partido ó destrozarlos á su turno. Pero no había más que un modo de disponer al Austria á semejante conducta, y era la apariencia de una negociación sincera y aun de fundadísimas esperanzas de una solución pacífica. De consiguiente, Napoleón adoptó la determinación de realizar el pronóstico de Mr. de Metternich, quien había dicho que, con un carácter extraordinario como el suyo, no se debía desesperrar de nada, y que acaso el último día y última hora saldría de esta negociación un desenlace

(1) Véanse las singulares palabras escritas por Mr. de Basano á Mr. de Vicencio, y que demuestran lo que damos aquí por seguro: «Mañana parte el emperador é irá á dormir á Bautzen... Aquí estamos en expectativa de los sucesos y con la mejor esperanza. Todo el ejército se halla en movimiento: dondequiera se nota confianza: ni el rey de Sajonia ni su familia abandonan á Dresde... S. M. no quiere prórroga de armisticio y está pronto á la guerra. Lo está más que el Austria: no tiene motivo de aguardar por sus subsistencias, y no quiere perder un tiempo precioso y dejar que se le meta así en el invierno...» (Con efecto, ya había renunciado Napoleón á la prórroga del armisticio, y no quería más que dilatar la entrada en acción del Austria)... «Nuestra posición es conocida por Mr. de Bubna, quien llegará mucho antes que el correo portador de este despacho.» «No se ha ocultado á Mr. de Bubna la secreta alegría que experimenta S. M. al hallarse en circunstancias tan arduas, si bien dignas de su genio... S. M., que fía en la Providencia, entrevé los grandes designios que ha fundado sobre su persona. Sus planes están fijamente acordados, y por dondequiera no descubre más que motivos de confianza.» (Despacho de Mr. de Basano al señor duque de Vicencio, enviándole sus plenos poderes con fecha 13 de agosto de 1813).

venturoso, á pesar de ser al presente ilusoria hasta el extremo de resentirse de ofensiva.

Mientras los plenipotenciarios continuaban perdiendo el tiempo en discusiones pueriles sobre la forma de las negociaciones, decidióse á encargar secreta y exclusivamente á Mr. de Caulaincourt de una comunicación formal al Austria, como á la única potencia con la cual fuera posible entonces una negociación directa. Si resultaba la paz de semejante paso, Napoleón no había de sentirlo con tal de que se segregaran las condiciones á que no asentía de ningún modo, y se lisonjeara de que tal vez se prestase el Austria á proceder en este sentido, si bien á la hora suprema, cuando se viera definitivamente colocado entre la paz y la guerra. Por tanto fijó las condiciones que se debían presentar confidencialmente á Mr. de Metternich en esta forma. Hechos estaban en su mente y en la opinión general los sacrificios del gran ducado de Varsovia, de España y de Iliria, y ya no envolvían ninguna novedad punzante para su orgullo: además no debían costar nada al territorio del imperio, pues ni la Iliria había quedado más que eventualmente en nuestras manos, y jamás fué incorporada al territorio constitucional de Francia. Lo que se le hacía á Napoleón cuesta arriba, según ya hemos dicho, era rehacer más grande después de su defección á la Prusia, renunciar al título de protector de la Confederación del Rhin llevado con ostentación ya hacía muchos años, y por último abandonar á Lubeck, Hamburgo, Brema, ciudades agregadas al territorio francés en virtud de senadoconsultos. En su concepto, cada uno de estos sacrificios le presentaba como vencido á los ojos del mundo, pues necesario era que lo estuviese para galar donar una defección, para reconstituir fuera de su influjo á Alemania y para abandonar una parte de lo que denominaba territorio constitucional del imperio. Según ciertas palabras de Mr. de Bubna, que á impulsos del deseo de promover la paz atenuaba sus dificultades, había pensado Napoleón que tal vez á última hora determinaríase al Austria á concederle unos puntos importantes, ó que al menos dejándola entrever una negociación sincera, se podría negociar al mismo tiempo de batirse, cosa que implicaría la vuelta á las hostilidades con los prusianos y los rusos y un nuevo aplazamiento con los austriacos.

A tenor de estos datos, y con la prescripción de guardar secreto para con Mr. de Narbonne á fin de que la negociación tuviera carácter de más íntima todavía, ordenó á Mr. de Caulaincourt que se presentara á Mr. de Metternich, le asaltara de improviso y á quemarropa, y le dijera que se trataba de aprovechar los cinco días restantes para asegurarse del fondo de las cosas, especialmente en lo relativo al Austria; que se pedían á ésta francamente las condiciones bajo las cuales entraría con Francia en negociación ó en guerra; que se la estrechaba á declarar al punto estas condiciones sin divagar inútilmente; que era muy corto el tiempo que aún quedaba para perderlo en vulgares sutilezas; que por tanto convenía enunciar con la mayor exactitud lo que se quería, para que con exactitud idéntica y sin demora se pudiese responder por un *sí* ó por un *no*. Mr. de Caulaincourt debía hacer notar á Mr. de Metternich hasta qué punto era esta negociación secreta, puesto que Mr. de Narbonne lo ignoraba, y debía insistir en que

fuera desconocida para los plenipotenciarios ruso y prusiano, aun en el caso en que llegasen á estar acordes. Con efecto, bastaría reproducir en la negociación oficial las condiciones estipuladas secretamente con Austria en la negociación oculta, á fin de que fuesen adoptadas; y como al cabo quedaba para negociar no sólo hasta el 10 de agosto, sino hasta el 17, si se respondía acto continuo á la actual proposición enviada el 5 de Dresde, y que debía llegar el 6 á Praga, y de la cual se podía tener contestación el 7, cabía en lo posible que el 9 se enterara Mr. de Metternich de la adhesión definitiva de Francia á las ideas de Austria; y que de este modo, y cabalmente la víspera de su disolución, se diera de improviso al congreso un carácter inesperado de formalidad y eficacia.

Desgraciadamente, al dirigir por último á Austria esta proposición, tardía aunque no sin esperanza de buen suceso, añadió Napoleón una nota por demás ofensiva para la negociación de oficio, como que se decía en ella á las claras que las dificultades de forma suscitadas por los representantes de las potencias beligerantes revelaban su verdadero desígnio, que no era otro que el de arrastrar al Austria á la guerra, sirviéndose para conseguirlo ó de su mala fe ó de su engaño, suposiciones todas tan poco lisonjeras para los unos como para los otros. MM. de Caulaincourt y Narbonne debían entregar juntos á Mr. de Metternich esta extraña nota, y después de entregada, Mr. de Caulaincourt debía coger á Mr. de Metternich aparte y hacerle la proposición de que se acaba de dar cuenta, avistándose con él á solas.

De Dresde partieron el 5 de agosto los despachos comprensivos de órdenes tan contradictorias, llegaron el 6 á Praga, sorprendieron á Mr. de Caulaincourt sobremañera, y le llenaron de gozo mezclado de tristeza por desgracia, pues con los pocos días ya restantes desesperaba de llevar á buen término esta negociación *in extremis*, y por otra parte la nota oficial hacía temer un escándalo que dañara mucho al éxito de sus afanes. Esta nota, destinada á ver la luz pública, ofendió á Mr. de Metternich, quien manifestó lo mucho que temía su efecto, así de parte de su soberano como de las cortes de Rusia y Prusia: pero su asombro fué extremado cuando, después de dejarle los dos plenipotenciarios franceses, tornó á ver á los pocos minutos á Mr. de Caulaincourt en su casa, llevándole con gran secreto una comunicación tan importante como se ha dicho. Tan tardía era y tan acostumbrado estaba á desesperar de las intenciones de Napoleón acerca de la paz, que se le hizo muy dificultoso creer que fuese sincera, y sólo este motivo le impidió entregarse á la alegría que sintiera y manifestara en otro caso. En seguida expresó su sentimiento de que no se hubiera intentado este paso algunos días antes, pues sin violar el secreto recomendado, fuera posible entonces sondear á Prusia y Rusia acerca de algunos puntos delicados, y llegar á la conciliación de las dificultades, que verosímilmente dividirían á las cortes beligerantes. Sin embargo, puesto que se pedían al Austria las condiciones, que apoyaría con toda su influencia, y cuya adopción estaría resuelta á exigir por parte de Rusia y de Prusia, iba á consultar á su soberano, y esperaba responder en el término de veinticuatro horas.

Efectivamente, Mr. de Metternich dirigióse á Brandeiss, residencia actual del emperador Francisco, hallóle muy irritado como todos lo estaban en Praga por consecuencia de la nota oficial del 6 de agosto, y le produjo una sorpresa igual á su ira, al noticiarle el paso inesperado del primer negociador francés. Todo lo extraordinario cuadraba perfectamente al carácter impetuoso é imprevisto de Napoleón, pero un paso de tan pacíficas apariencias, é inventado á última hora, naturalmente daba margen á la desconfianza. El emperador Francisco y su ministro discurren acerca de si por parte de Napoleón era un acto de fuerza ó de astucia, de si con miras elevadas sabía al fin imponer silencio á su orgullo para llegar á un avenimiento con las potencias europeas, ó quería provocar alguna exigencia excesiva por parte de los coligados, para poder usar ante el público francés un argumento que le justificara de haber preferido la guerra á una paz humillante. Reconocieron que en ambos casos convenía responder sin vacilaciones, pues si deseaba la paz se le debían explicaciones francas, y si trataba de provocar una proposición inadmisiblemente importaba confundirle, dirigiéndole las condiciones ya fijadas hacia tiempo y que de seguro no encontraría deshonorosas la Francia. Estas condiciones estaban tan indicadas, cuando se quería reconstituir la Alemania y devolver con este objeto alguna fuerza á la Prusia, que no era posible introducir ninguna variante.

Según hemos repetido muchas veces, consistían en la repartición del gran ducado de Varsovia, sobre cuya suerte había ya fallado la fortuna en Moscou y la mayor parte del cual debía de volver á Prusia; en la abolición de la Confederación del Rhin contra la que reclamaba toda la Alemania para no depender de una autoridad extranjera, y en el restablecimiento de las ciudades anseáticas, contra la que se clamaba asimismo para recuperar su comercio, y últimamente en la restitución de la Iliria, consentida por Napoleón ya hacía tiempo y vivamente deseada por Austria á fin de proporcionarse algunas salidas al mar. Todo esto era tan necesario para que Alemania volviese á hallar alguna independencia, quedando sin embargo muy expuesta aún á la influencia de Napoleón, que conservaba á Maguncia, Colonia, Wesel, Gorcum, el Texel y la Westfalia, que no se podía imaginar ni proponer otra cosa. Se había platicado lo suficiente con Rusia y Prusia para tener seguridad de su adhesión á estas bases, y restableciéndose las ciudades anseáticas, apareciendo Napoleón determinado del todo al sacrificio de España, se abrigaba la certidumbre de atraer á la paz á Inglaterra, que no quería continuar sola en guerra con Francia; de consiguiente resolvióse dar á conocer á Napoleón las condiciones de que se trata, y que á mayor abundamiento no eran nuevas, exigiendo el secreto que él había exigido y pidiendo una respuesta dentro de cuarenta y ocho horas, porque después del 10 de agosto por la noche ya no sería tiempo.

Vuelto Mr. de Metternich el 7 á Praga, de pronto fué llamado otra vez á Brandeiss por su soberano, que se sintió poseído de una vacilación repentina antes de prestarse á estas comunicaciones particulares. Pero bien examinado todo, el emperador y su ministro persistieron en lo acordado, y después de perdido un día por desgracia, llevóse la respuesta á Mr. de Caulaincourt, siem-

pre sin que Mr. de Narbonne lo supiera. Mr. de Metternich le dijo que su soberano se había preguntado si este paso tan inesperado como tardío de Napoleón era un *acto de fuerza ó de astucia*; que si era un acto de fuerza, según se complacía en pensarlo de su yerno, le debía una respuesta franca; y que, si era un paso de astucia, tampoco juzgaba oportuno omitir la respuesta, ya que sus condiciones eran tales que se podían publicar á la faz del mundo y particularmente de Francia. Por tanto le hizo la declaración verbal que sigue, autorizándole para transmitirla sin demora, tras de dictársela por sí propio. Tanta es su importancia, que vamos á reproducirla á la letra.

INSTRUCCIONES PARA EL CONDE DE METTERNICH
FIRMADAS POR EL EMPERADOR FRANCISCO

«Mr. de Metternich pedirá al duque de Vicencio, bajo su palabra de honor, que su gobierno guarde el secreto más absoluto sobre la cuestión de que se trata.

»Conociendo por explicaciones previas y confidenciales las condiciones que para llegar á ajustes pacíficos establecen al parecer las cortes de Rusia y de Prusia, uniéndome á sus puntos de vista, pues juzgo estas condiciones como necesarias al bienestar de mis dominios y de otras potencias, y como las únicas que puedan conducir á la paz general de seguro, no titubeo en enunciar los artículos que abarcan mi *ultimátum*.

»Aguardo un sí ó un no durante el 10 de agosto.

»Resuelto estoy á declarar el día 11, según se hará por Rusia y por Prusia, que se halla disuelto el congreso, y que junto mis fuerzas á las de los aliados para conquistar una paz compatible con los intereses de todas las potencias, y que desde entonces haré abstracción absoluta de las condiciones actuales, sobre las que decidirá en lo venidero las armas.

»Ninguna de las proposiciones que se hagan después del día 11 se podrá enlazar á la negociación presente.»

CONDICIONES BAJO LAS CUALES JUZGA EL AUSTRIA
LA PAZ HACEDERA

«Disolución del ducado de Varsovia y su repartición entre Austria, Rusia y Prusia, y consiguiente adjudicación de Dantzick á esta última potencia.

»Restablecimiento de Hamburgo y de Lubeck como ciudades libres anseáticas, y ajuste eventual y enlazado á la paz general sobre las otras porciones del 32.º distrito militar, y sobre la renuncia al protectorado de la Confederación del Rhin, á fin de que la independencia de todos los soberanos actuales de Alemania se encuentre bajo la garantía de todas las grandes potencias.

»Reconstrucción de Prusia con una frontera sostenible junto al Elba.

»Restitución de las provincias ilíricas al Austria.

»Garantía recíproca de que tal como se fije por la paz el estado de posesión de las grandes y pequeñas potencias, no podrá ser alterado ni perjudicado por ninguna.»

Después de esta comunicación de tanta importancia, que da al traste con todas las mentiras aventuradas por ciertos narradores sobre este asunto, añadió Mr. de Metternich algunas explicaciones de gravedad extre-